

## CARMEN CASTRO



**M**UCHAS veces, al asomarnos a la vida de un gran hombre y conocer las circunstancias en que ha realizado su obra, nos sorprende encontrar entre bastidores la figura de una mujer que ha renunciado humildemente a todo lo que podría alcanzar legítimamente por sí misma, para entregarse a una colaboración silenciosa y anónima.

La Historia está llena de estas mujeres. Muchas han consumido su juventud en tareas ingratas para que el poeta viviera en relax y creara sin la preocupación inmediata de tener que resolver la vida material. Zenobia Camprubí alquilaba apartamentos amueblados a universitarias extranjeras, vendía piezas de arte español en una pequeña tienda de la plaza de las Cortes, llevaba el volante del automóvil porque Juan Ramón temía atropellar a un niño o a un perro.

Otras, como Magda, lavaba en secreto ropa para los hote-

les de París, mientras José María Gironella escribía su novela, alentado por ella.

Algunas han quemado sus ojos en la luz baja de las bibliotecas, donde tomaban notas o confeccionaban fichas para la elaboración de un trabajo que el ensayista o el historiador recogería después, dispensado del engorro de navegar por el océano de cientos de páginas en busca de una fecha o de la confrontación de un dato.

La labor ingente de Severo Ochoa sin Carmen Cobán; la obra compleja del doctor Marañón sin Lolita Moya; la destilación filosófica de Zubiri sin Carmen Castro, no hubieran sido posibles.

Carmen Castro auxilia a Xavier Zubiri en el manejo de una biblioteca que oscila entre los quince y los veintimil volúmenes, que ocupa unos setenta metros lineales de libros, sin catalogar. Carmen los lleva en la cabeza y le basta un minuto para poner en las manos del

filósofo el volumen que necesita en un momento preciso.

Pero su labor, con ser tan importante, no termina aquí. Escribe para los periódicos, se mueve en la vida madrileña y viaja. Ahora regresa de los Estados Unidos, donde ha visitado a su padre, Américo Castro, en la Universidad de La Jolla, en San Diego. Va a escribir para su periódico una serie de artículos sobre las cosas que ha visto y los problemas de aquel país: los negros, las drogas, los adolescentes, la guerra del Vietnam, su nueva impresión de Nueva York en este momento...

Nos dice que don Américo trabaja a sus ochenta y dos años con el entusiasmo de un mozo y espera sus vacaciones de verano para venir a bañarse a la Costa Brava.

Algún día habrá que acercar a primer término a estas mujeres para que sea mejor conocida su colaboración inestimable.